

Aportes del ecumenismo a la construcción de la paz en tiempos de violencia

1. Saludos

Es un honor para mí de responder a su invitación y de participar en las actividades que han organizado. Permítanme primero transmitirles los saludos de las iglesias protestantes de Suiza que represento entre ustedes hoy junto con Nancy Carrasco Paredes y también junto con las y los enviadas y enviados: Dario Poroli, Joaquim Hungrecker, Melody y Francisco Bacher y Marianne Strub.

Nuestra presencia entre ustedes es una señal de la importancia acordada por las Iglesias de Suiza de la relación con ustedes, compañeras y compañeros de fe en México. Juntas y juntos somos llamados a ser testigos del Evangelio. Juntas y juntos somos aprendices en reforzar nuestro compromiso en favor de la paz, la justicia y el cuidado de la creación. Juntas y juntos somos llamados a volvernos señal de que la comunión entre personas de orígenes, idiomas y culturas diferentes sea posible.

Permítanme primero agradecerles su recibimiento cálido. Aceptan que les hablo en francés y que mi propósito sea traducido por Mariana. Es una manera de enfrentar estas diferencias que podrían separarnos pero que sin embargo nos van a unir – al menos eso espero.

De Mariana quiero subrayar su paciencia. Me había comprometido de enviarle mi texto hace varias semanas para que ella tenga el tiempo de apropiárselo y luego de hacer la traducción al español. Y para que otras y otros luego podrán hacer la traducción en los idiomas de la región. Más sin embargo mi texto llegó muy poco antes de mí. Estoy consciente que esto conlleva el riesgo de hacer más difícil nuestro intercambio y les presento mis disculpas por eso.

Si he tardado tanto en enviar mi texto no es en primer lugar por sobrecarga profesional. Se debe más bien a mis dificultades personales de responder al desafío que me han lanzado: hablar sobre los aportes del ecumenismo a la construcción de la paz en tiempos de violencia.

Reflexionando sobre lo que tenía ganas de compartir con ustedes tenía la impresión que las ideas se amontonaron y atropellaron dentro de mí, y que podría hablarles durante mucho tiempo. Y cuando quería ponerlas por escrito, las palabras ya no venían.

Explicarles las razones de este bloqueo será el primer punto de mi exposición. Espero que eso me permitirá después de reflexionar con ustedes sobre lo que fundamenta nuestro compromiso: ¿por qué hacernos juntos artesanas y artesanos de la paz en tiempos de violencia?

Mi reflexión no se desarrollará en una perspectiva ético-social: ¿qué debemos hacer para ser artesanas y artesanos de la paz? Mi propósito es reflexionar en el lugar dónde se arraiga nuestra vocación de ser artesanos de la paz y justicia. Para avanzar en esta reflexión me permito mencionar algunas etapas del recorrido de mi vida dónde situaciones de violencia se impusieron. Estas situaciones han roto algo en lo más profundo dentro de mí. Voy a intentar decirles cómo sigo avanzando con estas heridas en mí.

2. Entre confianza e incomprensión

A nivel de mi recorrido de fe crecí en la Iglesia evangélica reformada del cantón de Vaud en Suiza. Fue en una parroquia de esta Iglesia dónde trabajé como pastor durante 15 años. En

el marco de cada asamblea parroquial, quiere decir al menos dos veces por año, los principios constitutivos deben ser leídos en público. Escuché entonces con mucha frecuencia esta afirmación profundamente inscrita en mí: “La Iglesia encarga a Dios el juicio de los corazones.” Entiendo esta frase de la siguiente manera: El sentido profundo, el misterio de toda existencia humana - incluida la mía – pertenece únicamente a Dios. En lo más íntimo de mí hay un misterio que se me escapa. Y nunca podré tampoco entender todo de la existencia de otra persona.

Dicho de otra manera, soy libre de toda preocupación tanto por la salvación de los demás como de la mía. Solo a Dios pertenece la primera palabra sobre la existencia humana, también la última. El Evangelio me invita a creer que esta palabra de Dios es una palabra de amor y de confianza. En mí ésta confianza fundamental ha sido resentida en varias ocasiones. Hasta ahora no ha sido destruída.

Después de nuestros estudios en teología, cuando solamente teníamos 23 años, mi esposa Hélène y yo fuimos llamados a partir a trabajar en el servicio de la Iglesia presbiteriana de Ruanda (EPR). Nos quedamos allá durante 6 años: De 1980 hasta 1986. Nuestros primeros dos hijos nacieron en Ruanda y recibieron un nombre ruandés: *Bugingo* para nuestro hijo mayor (lo que significa *el vivo*) y *Munezero* para nuestra hija (lo que significa *la alegría*). Hélène y yo fuimos ordenados como pastores por la Iglesia presbiteriana de Ruanda los dos el día 28 de agosto 1982 durante las festividades del 75 aniversario de la llegada de los primeros misioneros protestantes en Ruanda.

Desde 1980 trabajamos como maestros en la Escuela teológica de Butare, dónde se forman los pastores de las Iglesias protestantes de Ruanda; también fui pastor estudiantil en la Universidad nacional de Ruanda. Aún no teníamos experiencia pastoral. Por eso la EPR nos pidió de hacer una práctica en una congregación durante algunas semanas antes de nuestra ordenación. Hicimos esta práctica en Kirinda, bajo la responsabilidad de una pareja de pastores: Etienne Gatorano y su esposa Renata.

Al final de esta práctica, Renata dio luz a su cuarto bebé, una hija que recibió el nombre de Hélène, como mi esposa. Dos semanas antes de nuestro culto de ordenación Etienne y Renata fueron a presentar la pequeña Hélène a su familia, lejos, en las montañas de Ruanda. En el regreso tuvieron un accidente de carro: El papá Etienne y la pequeña Hélène murieron en este accidente; la mamá Renata y los otros tres hijos no sufrieron ninguna herida. Eso pasó el 16 de agosto 1982.

Por solicitud de Renata, la EPR mantenía sus festividades del 75 aniversario de la llegada de los primeros misioneros. Pidió también que Hélène y yo pudiéramos bautizar sus tres hijos el día después de nuestra ordenación. En el momento de grandes emociones tanto para Renata como para nosotros estábamos concientes que las historias de vida y las historias de muerte son muy cercanas muchas veces.

Un año después nació nuestro primer hijo. Un niño. Recibió como nombre ruandés Bugingo y escogimos como su nombre Etienne, en memoria de nuestro amigo. Todavía hoy recuerdo la emoción de Renata cuando tuvo en sus brazos a nuestro hijo que recibió el nombre de su esposo.

Cuando miramos hoy las fotos de los primeros bautizos que celebramos, los bautizos de los tres hijos de Renata y Etienne, nuestras emociones se vuelven aún más complejas. En estas fotos vemos nuestro compañero pastor Aaron: En 1982 estuvo casado y padre de 7 hijos. En 1994, en el momento del genocidio en Ruanda, Aaron enviudó: Su esposa y sus 7 hijos fueron masacrados frente sus ojos, él es el único sobreviviente de su familia. En las mismas fotos del año 1982 vemos también el padrino de los niños bautizados. En 1994 este hombre fue responsable de una milicia de asesinos; él participó directamente en la masacre de la esposa de Aaron y sus 7 hijos.

Dos hombres cercanos en el 1982 y muy alejados en 1994. Dos hombres miembros de la misma Iglesia; con ellos oré, canté, viví, comí y bebí. En 1982 lloraron juntos la muerte de su amigo Etienne. En 1994 uno destrozó completamente la vida del otro matando a su esposa y sus hijos. Situación de violencia extrema. Situación aún más incomprensible para mí

teniendo que ver con personas que conozco, con personas con quienes trabajamos, vivimos, reímos y lloramos juntos. Es difícil para mí recordar estos hechos, difícil contar estos recuerdos y difícil de ponerlos por escrito. Sin embargo continuo.

En 1994, Ruanda, un país más pequeño que Suiza, por lo tanto mucho más pequeño que México, contaba al rededor de 7 millones de habitantes. Entre abril y julio 1994 cerca de un millón de personas, hombres, mujeres, niños fueron asesinados en condiciones horribles.

No quiero entrar en un análisis demasiado detallado sobre las circunstancias de este genocidio. Tendríamos que hablar sobre la historia de Ruanda, de la llegada de los primeros Europeos al inicio del siglo 20. Tendríamos que hablar de la situación demográfica en Ruanda, uno de los países de Africa dónde la densidad de la población está más elevada. Tendríamos que hablar de la situación socio-económica y de las consecuencias de la baja de los precios del café en un país dónde el cultivo del café representa la principal fuente de ingreso para la mayoría de la población. Tendríamos también que hablar de la situación política y de todo lo que los humanos son capaces de hacer para mantenerse en el poder o para conquistarlo. Todo eso tomaría demasiado tiempo.

Ahora quisiera contarles sobre la manera cómo las personas se saludan en Ruanda, y la manera con la cual se destrozaron mutuamente. Las personas se saludan intercambiando toda una serie de preguntas: *¿Tu existes realmente? ¿Estás realmente vivo? ¿Y los tuyos están vivos? Cuéntame tus novedades, cuéntame sus novedades...*

Estas preguntas no solamente se expresan con palabras sino también se expresan a través de gestos. Para mostrarse mutuamente que se es gente viva no basta hablar, hay que tocarse, apretarse uno al otro. Estos gestos son igual de importantes como las palabras intercambiadas.

Los ideólogos que imaginaron y luego organizaron el genocidio del 1994 sabían muy bien que la realidad humana se construye y se nutre de este cuerpo-a-cuerpo de los saludos intercambiados. Fue justo para atentar contra esta realidad que en 1992 a 1993 importaron miles y miles de machetes que distribuyeron en una población que además fue manipulada a través de lemas, canciones, discursos transmitidos por radioemisoras privadas por jornadas enteras. Sabiendo que la manga de un machete mide 15 centímetros y su hoja un poco más que 60 cm nos damos cuenta con horror que el cuerpo-a-cuerpo de la vida se volvió en el cuerpo-a-cuerpo de la muerte. Fragilidad de esta realidad humana que nos abarca a todos.

¿Cómo se saluda hoy en Ruanda?

Anclado en una memoria ancestral, las palabras y gestos de los saludos tradicionales nunca cedieron; al contrario, aumentaron en intensidad. Decirse y tocarse mutuamente como vivos en Ruanda: Qué desafío frente a la muerte que se impone. Pero también qué miedos frente a la muerte que siempre arriesga sobrevenir, a causa de la malaria, de la tuberculosis, del sida, de la falta de alimentos o de la venganza de aquel vecino...

Las iglesias de Ruanda, siendo también parte de este cuerpo-a-cuerpo tanto de la vida como de la muerte, se encuentran entre este desafío y estos temores. Ellas se atreven de hablar de eso. Regresaré a este punto.

Pero antes de eso necesito todavía hablarles de tres estudiantes a quienes di clases de Nuevo Testamento y dogmática. Estos tres estudiantes se convirtieron en pastores.

El primero se volvió en un amigo muy cercano. En 1994 trabajó en una parroquia, era un pastor muy apreciado, pero hizo parte de la categoría de personas que había que eliminar. Primero los miembros de la parroquia lo protegieron. Luego, un día, los milicianos lo descubrieron y lo llevaron al zócalo del pueblo, le pusieron una pistola en el sien y le dijeron de pronunciar una última oración. Este amigo dijo entonces al Señor: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen..." Apenas llegó al final de esta frase fue asesinado. Hoy, su viuda vive todavía y su primer hijo acaba de casarse.

El segundo también se convirtió en pastor. En 1994 utilizó textos bíblicos para justificar el genocidio. En abril se atrevió predicar así: "De la misma manera como los Amalequitas

fueron entregados en las manos de los Israelitas, los Tutsi son entregados en las manos de los Hutus..." Me contaron que él mismo tomó el machete y mató gente. Antes, mi esposa y yo fuimos sus profesores de exégesis: ¿Qué le enseñamos? ¿Cómo entendió lo que en aquel momento quisimos transmitir? Estas preguntas siguen acompañándonos... Después del genocidio, huyó del país; cuando regresó lo arrestaron; según lo que sé aún sigue en la cárcel.

El tercero sigue siendo pastor. Sigue trabajando por la Iglesia, hace parte de estas mujeres y hombres artesanos de paz en situaciones de violencia.

Estos tres hombres los conocí bien, fui su maestro, conviví con ellos. Con ellos oré, canté, comí y bebí. Reí en días de fiesta, lloré en días de dolor. Todavía hoy no entiendo porqué han podido llegar a destinos tan distintos y nunca lo comprenderé.

Empezé diciendo: "La Iglesia encarga a Dios el juicio de los corazones." Y creo profundamente en eso. En lo más profundo de mi aún sigue habiendo una fuente de confianza. Ahora les voy a decir mi incomprensión frente a la violencia de la cual seres humanos son capaces. Lo que pasó en Ruanda me enseñó eso. Si hubiera vivido en otra parte lo hubiera aprendido de otra manera. Sé que hay algo en mi que sigue muy frágil; vi a gente muy cercana tanto por su vida como por su fe volviéndose capaces de destrozarnos unos a otros.

Entre 1980 y 1986 nunca hubiera sido capaz de imaginarme eso. Pensé que este tipo de violencias entre humanos pertenece al pasado. Desde 1994 entendí que estas violencias existen todavía; pueden ser cometidas entre gente muy cercana.

¿Qué decir frente a eso?

3. Del silencio a la palabra

Durante el genocidio del 1994 casi todos los extranjeros salieron de Ruanda. Poco tiempo después otros extranjeros llegaron de manera numerosa, representantes de ONGs; gente que no conocía gran cosa de este país pero que querían reconstruirlo.

Amigos de la Iglesia presbiteriana de Ruanda nos citaron un refrán tradicional: "Trabajando con un azadón nuevo se consiguen ampollas". De esta manera nos dijeron: "Hacen parte de los instrumentos que conocemos, vengan a trabajar con nosotros para participar en la puesta en marcha de una nueva formación teológica en este país destrozado."

Con mi esposa Hélène y nuestros cuatro hijos que en esta época tenían 5, 7, 10 y 12 años aceptamos este llamado y regresamos durante un año a Ruanda, de septiembre 1995 hasta agosto 1996. Hoy todavía, este año sigue impactante para nuestra historia familiar. Se volvió también en un signo de vida del cual nuestros amigos ruandeses nos siguen hablando. En 1995 fuimos la primera familia europea que regresó a Ruanda. Ruandeses mismos no se atrevieron a regresar a su país, pero la gente de las iglesias les dijeron: "Pueden regresar: Hay incluso una familia suiza con hijos que vino a trabajar a Ruanda."

A través de vínculos de amistades arraigados en una historia familiar participamos en la reconstrucción de vínculos sociales en Ruanda. Tengo ganas de compartirles una etapa impactante.

En noviembre 1995, llegamos unos cincuenta mujeres y hombres enviados por sus respectivas Iglesias a las localidades de la facultad de teología de Butare para un "programa especial" de formación teológica.

"Programa especial" por varias razones:

- Varios estudiantes no tuvieron los títulos requeridos para una formación académica;
- La biblioteca fue devastada en parte y no ha podido ser reconstruida;
- Había todavía huellas de sangre en algunos salones; eso significa que en 1994 la facultad de teología también ha sido marcada por traiciones y asesinatos. Y todos estábamos concientes de estar de nuevo en un lugar así;

- Las personas que vinieron para hacer esta formación tenían trayectorias muy diversas: había sobrevivientes del genocidio, personas de quienes gente cercana estaba en la cárcel por haber participado en el genocidio; y había gente que regresaron de un largo exilio en el extranjero;
- Durante los primeros días del curso se sentía una gran desconfianza entre estas personas: no se podía entrar en un trabajo académico clásico, primero había que construir juntos un clima de confianza y diálogo.

Durante estos primeros meses un relato bíblico jugó un rol importante en nuestro caminar: la historia de José en el libro de Génesis. Un hombre joven que vivía los celos y luego la traición de parte de sus hermanos y luego fue vendido al extranjero. Historia del sufrimiento de un padre seguro que su hijo preferido estaba muerto. Historia de este joven que en Egipto conoce los honores y luego la privación estando prisionero, luego de nuevo los honores y luego le confiaron grandes responsabilidades. Historia de los reencuentros entre José y sus hermanos que vinieron a buscar trigo en Egipto. José reconoce sus hermanos pero decide ponerles a prueba antes de hacerse reconocer por ellos y de reconciliarse con ellos. Luego es la llegada del viejo Jacob en Egipto dónde pasará todavía muchos años en medio de sus hijos y sus nietos. Entre el principio y el fin de esta historia pasaron casi 30 años pero cuando Jacob muere los hermanos de José tienen miedo que este se venge...

Este relato lo leímos, lo trabajamos, lo actuamos. Nos imaginamos muchas maneras de animación bíblica para entrar en este texto, para apropiarnos de él, de dejarnos trabajar por él.

Recuerdo una estudiante que me dijo un día en mayo del año 1996: "Hoy hace dos años que mi esposo ha sido asesinado. Desde entonces se me está diciendo que si quiero ser buena cristiana tengo que olvidar y perdonar. Pero no logro olvidar y no puedo perdonar todavía. Trabajando con ustedes la historia de José y sus hermanos empiezo a comprender que el camino de la reconciliación es un camino aún largo, hay que reconstruir poco a poco el diálogo. Hay que atreverse no hablar enseguida del perdón. El genocidio fue hace apenas dos años..."

En 2012 esta mujer es pastora. Sabe tomarse el tiempo para la escucha, tiene paciencia. Se atreve dejar lugar para el silencio, para que el sufrimiento pueda ser reconocido.

Es así como hoy trabaja la gente en Ruanda. Se recuerdan que por miles y miles personas han sido humilladas, destrozadas, violadas, exterminadas; sus casas han sido destruidas, sus campos devastados, su ganado masacrado. Como en todo genocidio se les negó cada huella de humanidad. La gente se desgarró mutuamente incluso dentro de las Iglesias y las congregaciones y parroquias.

En Ruanda también se hace memoria que había gente que resistía a estas violencias; no dejaron manipularse. Escondieron y protegieron a personas amenazadas. Ellos mismos asumieron riesgos para que otros sobrevivan. Mi amigo Aaron de quien hablé antes y de quien toda su familia ha sido masacrada pudo sobrevivir gracias a personas así.

Estos gestos de humanidad son importantes de recordar: Permiten poco a poco reconstruir el tejido social. Como la gente que participó en las masacres aquellos y aquellas que han resistido es gente normal, como usted y yo. Conozco a muchos. Ellos mismos se asombran con frecuencia cuando recuerdan lo que se atrevieron hacer. Simplemente dicen que no hubieron podido hacer otra cosa. Simplemente optaron por respetar la dignidad de cada persona.

Es con estos recuerdos de muerte y de vida que hay que vivir hoy en Ruanda. O más bien hay que volver a aprender a convivir, volver a aprender a hablar unos con otros, a escucharse unos a otros, contarse unos a otros lo que han vivido, sufrido o hecho sufrir.

Cuando un tejido ha sido desgarrado, si se quiere recoserlo, no se comienza con las dos puntas más alejadas. Se comienza con lo que todavía está amarrado; luego hilo por hilo se intenta de recoser las partes separadas. Parecido sucede en la humanidad: no se puede echar grandes discursos sobre el perdón o la reconciliación; primero hay que reaprender los pequeños gestos de la vida cotidiana.

¿Cómo trabajan las Iglesias en Ruanda? ¿Qué mensajes transmiten? ¿Qué tienen para compartir en la comunión ecuménica? Intentaré ahora de proponer algunas respuestas a estas preguntas.

4. ¿El Evangelio en Ruanda?

Una pregunta se hizo con frecuencia: ¿En un país donde el 80% de la población ha sido bautizado, cómo se pudo llegar a una tal situación de violencia? Expresando esta pregunta debo primero recordarme que vengo de un continente donde durante siglos la mayoría de la población también ha sido bautizada.

Fue en la Alemania cristiana donde el nazismo nació: El genocidio de los judíos ha sido elaborado, pensado, puesto en pie y ejecutado por personas que se llamaron cristianos. En cuanto al sistema del apartheid en África del Sur, ha sido elaborado, pensado, construido por teólogos reformados europeos. En esta región del mundo donde nos encontramos, ustedes saben mejor que yo qué masacres han sido cometidas en el nombre de Dios y por gente bautizada. El hecho de ser bautizado y llamarse cristiano no es de ninguna manera una garantía para un comportamiento justo.

Entonces, hagamos la pregunta de otra manera: ¿Cómo ha sido anunciado el Evangelio en Ruanda desde el principio del siglo 20 para que al final del siglo se haya llegado a una semejante situación de violencia? Amigos teólogos ruandeses me ayudan a entender poco a poco lo que puede haber pasado. Para eso me hacen descubrir una parte de sus realidades tradicionales. El idioma de Ruanda hace parte de los idiomas que se llaman *bantus*.

Aplicada de manera distinta según los idiomas particulares, la palabra *ntu* señala una realidad fundamental de las tradiciones *bantus*. Expresa el hecho de ser en humanidad, visible y vivo sobre esta tierra. Una segunda realidad, también fundamental, es la del mundo de lo invisible, de los espíritus, los ancestros, el mundo de los *bazimu*. En cuanto a la tercera realidad fundamental, que es aquella de la cual se habla menos, es la del Dios único, fuerza creadora y beneficiosa.

Aún si la palabra *Imana* (traducida por *Dios*) se encuentra en muchos nombres teóforos y que de esta manera es recordado un origen que sobrepasa toda realidad tanto visible como invisible, lo esencial de la religión tradicional no sucede en una relación entre el mundo de Dios y el mundo visible de los humanos sino en la búsqueda de una armonía siempre amenazada y siempre restablecida entre este mundo de lo visible y el mundo de lo invisible.

Demasiado frecuentemente la proclamación del evangelio se concentró en la revelación en Jesu Cristo como una relación posible entre *Imana* y el mundo visible de los humanos. La tentación de las Iglesias es de refugiarse en una espiritualidad de la verticalidad: muchos cantos y oraciones expresan el deseo de dejar este mundo a Satanás y de subir hacia Dios que nos espera.

En el afán de relegar el complejo juego de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible al rango de “supersticiones ancestrales”, se permitió seguir este “juego” solamente de noche. La gente son “cristianos” de día para sus relaciones verticales con Dios y “tradicionales” de noche para sus relaciones con el mundo de lo invisible que da miedo. El desafío es entonces de decir una palabra de confianza en el mundo de la noche con el fin de trabajar en profundidad todo lo que pasa a nivel de los miedos y tabues.

La vocación de las Iglesias es recibir al mundo como creación, abrir espacios donde trabajar los temores – todos los temores! – frente a la muerte, de donde sea que provienen, de lo visible o de lo invisible. Trabajar los temores para mostrar que pueden ser transformados por gestos y palabras de confianza.

Esta es la vocación de las Iglesias tanto en Ruanda como en otros lugares: mostrar que la vida es posible y que solamente es posible en relación. Mostrarlo a través de gestos y palabras que poco a poco habitan el espacio y el tiempo. Gestos y palabras de las cuales sabemos sus ambigüedades. Gestos y palabras inspiradas por Jesús, el que fue Gesto y Palabra de Dios. Con toda coherencia.

Jesús de Nazaret ha sido portador tanto de palabras que tocan como de gestos que hablan. Gestos tradicionales del curandero o gestos provocadores del profeta. Palabras sacadas de la rica tradición de las Escrituras o palabras recibidas del poeta que vive en cercanía con Dios. Con frecuencia justo encima del límite entre el mundo de lo visible y el mundo de lo invisible, Jesús fue quién salva y quien sana. Los humanos querían destruir su humanidad, el ha sido levantado.

5. De Ruanda a México

Mi evocación de Ruanda es larga: Quiero compartir con ustedes una parte de las preguntas que me habitan. Antes de retomarlas y de venir a México les propongo una vuelta por Lausana (Suiza).

Regularmente saliendo de mi oficina en las tardes, veo policías en el barrio con un perro que husmea los arbustos en la búsqueda de drogas. Las oficinas del DM-intercambio y misión se encuentran en un barrio de pequeños traficantes. Me encontré a policías una tarde después de haber leído una carta de Marianne del año pasado:

“México sigue sacudido por la violencia provocada por la guerra contra la droga y el crimen organizado. Durante los 5 años pasados más que 50'000 personas han sido asesinadas y más de 5'000 desaparecidas...”

Sobre todo en México pero también en Lausanne la gente en situación de precariedad se encuentra insertada en negocios de las cuales ya no saben cómo salir. Negocios dónde ciertos poderosos jalan los hilos para enriquecerse grandemente. Realidad del mundo en el cual vivimos. Si puede haber una solidaridad entre los traficantes de droga, ¿puede haber también otra solidaridad, aquella de los artesanos de paz y justicia?

Constituidas por las relaciones entre Iglesias de diversas regiones del mundo, las redes ecuménicas son uno de los lugares dónde tejer tal solidaridad. A partir de experiencias concretas vividas en el terreno, se trata de desarrollar intercambios de información, experiencias y análisis socio-económicos. Se trata de desarrollar un trabajo de cabildeo junto con los que deciden con el fin de denunciar las injusticias y las violaciones de los derechos humanos. Se trata de llevar a cabo acciones de solidaridad con toda persona en situación de precariedad, compromisos en el cotidiano, llevado ante Dios en la oración y la esperanza.

Estos compromisos son fundamentales y la comunidad ecuménica trabaja en ellos. No voy a desarrollarlos aquí. A partir de mi experiencia que abordé con ustedes quiero poner en evidencia otros elementos.

Antes que todo una afirmación que parece evidente: Así como estamos con vida, actuémos como vivos. Esta es nuestra vocación fundamental como seres humanos. Estar vivos, eso significa:

- Aceptar que somos mortales, quiere decir frágiles y vulnerables: el sentido profundo de nuestra vida nos escapa; en términos de fe, eso significa que recibimos la vida como un don que nos es confiado sin pertenecernos;
- Respetar al otro enfrente de mí como una persona de quien no puedo entender todo ni saber todo; esto excluye toda generalización; en términos de fe, esto significa que encargo a Dios el juicio de los corazones;
- Trabajar en ampliar espacios de dignidad para todo ser humano sobre esta tierra, en términos de fe, esto se traduce en los gestos de amor y de solidaridad, inspirados por los gestos y palabras de Jesús de Nazaret.

De mi recorrido con personas de Ruanda aprendí que:

- Toda comunidad humana constituida por gente como ustedes y yo puede llegar a desgarrarse mutuamente de una manera extremadamente violenta y por razones muy diversas ;

- Nadie puede suponer cuál será su reacción el día cuándo sobrevendrá una situación de violencia. Hoy puedo decir lo que creo. Mañana no sabré cómo reaccionar frente a una situación de violencia;
- No puedo suponer mi capacidad de resistencia, pero se que necesito relatos de vida y de confianza para nutrir en mi esta capacidad de resistencia.

En 1995 aceptando regresar a Ruanda con nuestras heridas y sufrimientos sabíamos que somos frágiles y vulnerables. Nos encontramos con personas que se sabían aún más frágiles y vulnerables que nosotros porque fueron testigos directos de actos de violencia cometidos por gente cercana y sobre gente cercana. Pero descubrimos que estas personas estaban aún más vivos que nosotros.

Se sabían mortales pero se reconocieron todavía vivos. Con una fuerza de vida en ellos para poner al servicio de la comunidad humana. Estar juntos, atrevernos a compartir nuestros sufrimientos, nuestras preguntas y nuestras incomprendiones, esto volvió a darnos fuerza a unos y a otros. Eso volvió a darnos una imaginación creadora.

Seguimos estando alertos sobre lo que la humanidad es capaz de hacer. Queremos estar de pie para mostrar de lo que los humanos son capaces. Me recuerdo de un encuentro con un amigo la primera vez que regresé a Ruanda, en octubre del 1994. No había tenido ninguna noticia de el; no sabía si estaba vivo o muerto. Me vio, me abrazó. Luego me dijo: "Mwatinze, aliko urahali". Eso significa: "Tardaste en venir, pero estás aquí."

Palabra impresionante para la comunidad ecuménica que representaba: "Estabas alejado pero sin embargo regresaste; puedo abrazarte. Para mi estás vivo, y yo que me creía muerto en tus ojos, ahora se que estoy vivo porque tu me ves vivo." Dimensión fundamental para mi de la familia ecuménica: Tejer relaciones de amistad, de colaboración, de solidaridad, visitarnos mutuamente para recordarnos que – sea lo que sea que pasa – seguimos vivos los unos para los otros. El que viene de fuera para visitarme me recuerda que estoy vivo. Es también para recordarnos eso que nos llevamos unos a otros en la oración.

Este compartir de vida es creador de energía. En Suiza, la gente pensaba que estábamos locos o valientes por regresar a Ruanda en 1995. Para nosotros no se trataba ni de locura ni de coraje. Queríamos abrazar a amigos para llorar con ellos y juntos recibimos nueva energía de vida.

La presencia de hermanos y hermanas de fe entre ustedes que vienen de fuera contribuye a tejer estas redes de vida. Puedo decirles por experiencia que estas experiencias nos marcan por mucho tiempo. Compartiendo sus alegrías y sus penas, sus preguntas y sus proyectos se dan una nueva energía unos a otros.

Descubren que no pueden quedarse encerrados en sus esquemas y sus costumbres, están al mismo tiempo puesto en cuestión y puesto en camino sobre el camino de la vida.

6. Cánten al Señor un canto nuevo

Para avanzar sobre este camino necesitamos cantos y poesías que vienen a habitar este lugar secreto en nosotros dónde se forja nuestro coraje de vivir. Algunas palabras todavía para evocar estos cantos y poemas: Conocen el canto que María entonaba cuando estaba embarazada de Jesús: *"Derribó a los poderosos de sus tronos (...) y despidió a los ricos con las manos vacías."*¹

Este canto, María lo proclamó en un mundo ya atravesado por tensiones, conflictos y violencias. Este canto – de eso estoy convencido – María continuó de cantarselo a su hijo durante mucho tiempo. Este canto probablemente hace parte de los recuerdos más viejos de Jesús. Es una de las fuentes de su espiritualidad y de su compromiso con los más abandonados de la existencia.

¹ Psaumes et Cantiques, No 450, strophes 4 et 6

Recuerden sus palabras de adulto: “Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Tuve hambre y ustedes me dieron de comer, estuve en la cárcel y me fueron a ver... Cada vez que lo hicieron con uno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí.”²

En el fondo de las palabras y gestos de Jesús escucho el canto de María, su alegría radiante y su esperanza portadora de compromiso. Atrevémonos entonces de cantar estas palabras a nuestros hijos y nietas. Les proponemos así una fuente de confianza y esperanza.

¿Cantar para niños? Lo haría con gusto. ¿Pero qué decir a las y los que su vida está sacudida por tantas violencias, sufrimientos, soledad y angustia? ¿Un canto, aunque sea el de María, realmente puede nutrir nuestra esperanza? Me atrevo responder si a esta pregunta.

Desde el origen de los tiempos y a lo largo de los siglos, en los cuatro rumbos del horizonte y en todos los idiomas del mundo, las madres cantan a sus hijos. Cantan su maravilla frente a las bellezas del mundo. Cantan su esperanza que el hijo recibido hoy en sus brazos crezca en un mundo de justicia y de dignidad.

María cantó eso a su hijo Jesús.

Hoy en Palestina, en Egipto, en Siria, en Libia, en Ruanda, en México, madres cantan esto a sus hijos e hijas. Se comprometen así de hacer todo para que este niño o niña no tenga que unirse a los rangos de traficantes, terroristas u otros violentos.

¿Cuántas de estas madres llorarán enseguida su hijo o hija perdida en las redes de la violencia? Sin embargo continuarán a cantar, a cantar lamentaciones que expresan su dolor o a cantar refranes que expresan su alegría.

Sean mis amigos en Ruanda, ustedes aquí en México o yo en Suiza, debemos buscar interacciones entre la espiritualidad bíblica forjada por los Salmos y las palabras de Jesús y la espiritualidad tradicional del lugar dónde vivimos, espiritualidad enraizada en una comprensión del mundo bastante alejada del racionalismo occidental.

Lo que importa es proponer palabras y gestos que ayudan a resistir frente a la violencia del cotidiano, palabras y gestos que rechazan la resignación y abren espacios de dignidad. Para encontrar estas palabras y gestos hay que alejarse del racionalismo occidental que quiere entenderlo todo, explicarlo todo, desmontarlo todo, clasificar todo en categorías predefinidas. Este intelectualismo además no es de los relatos bíblicos.

El diálogo con las tradiciones ancestrales puede ayudarnos a redescubrir eso. Estas tradiciones no quieren desmontar nada. Evocan y relatan. Evocan y relatan la tierra que nutre y que nos sostiene y nos da vida. Evocan y relatan el mundo de los vivos, aquel en el cual nos debatimos. Evocan y relatan el mundo de lo invisible para sugerir lo que nos sobrepasa y nos amenaza, uniéndonos a las generaciones que nos preceden.

En Ruanda pero quizás también en México este trabajo de interacciones entre tradiciones diversas provoca desconfianza de parte de aquellas y aquellos que tienen miedo de un sincretismo malsano.

Para las personas cuya dignidad ha sido negada durante siglos este trabajo de interacciones entre tradiciones diversas abre espacios de vida, de diálogo, de confianza. Es ahí dónde se forja una espiritualidad que permite quedar de pie para enfrentar los desafíos del cotidiano. Espiritualidad expresada en los cantos de las madres a sus hijos. Espiritualidad expresada también en los salmos y poemas transmitidos por la tradición bíblica.

Frente a la maldad o al desconcierto de los traficantes que encontramos en Lausanne, frente a las violencias que encontramos en Ruanda o en México casi no tengo explicaciones a proponer. Más bien tengo historias para contar y poemas para recitar.

Historias de este hombre de Nazaret, nacido de una niña sencilla que se atrevió a cantar su esperanza de justicia. Este hombre de Nazaret avanzó lo más lejos posible sobre el camino de la justicia y la solidaridad. Se hizo compañero de la gente sencilla.

² Mateo 25,31ss

Se le fue reprochado. Se le quería orillar. El conoció los golpes y la cárcel. Fue ejecutado como un criminal. Cuando todo se cayó nos hizo creer que es a el, Jesús, que Dios dió la razón.

Para nutrir en nosotros esta convicción no nos hacen falta explicaciones sino más bien poemas, salmos, cantos y obras de teatro. Tantas palabras que nos trabajan desde el interior para que nuestros corajes puedan ser expresados y la confianza nacer dentro de nosotros.

Mientras que la muerte extiende en todas partes sus tentáculos de violencia y de sufrimiento, atrevémonos de compartir nuestros gritos de angustia y nuestros cantos de esperanza. Estas palabras compartidas no nos darán ni de beber ni de comer; no sanarán nuestras enfermedades. Simplemente nos dicen que estamos vivos lo que significa estar en camino con otros bajo la mirada de Dios que se nos escapa y que nos ama.

Me he aquí, llegado al final de mi exposición.

Quería hablar de lo que es el motor de nuestro compromiso. También sé y estoy consciente de que no basta con un buen motor: falta echar a andar el carro. Enciendo un motor pero si no cambio de velocidades puedo apretar el acelerador: eso hará mucho ruido pero el carro no va avanzar. Para avanzar tengo que encontrar un equilibrio entre la fuerza del motor y el cambio de velocidad; tengo que empezar lentamente y poco a poco acelerar.

Es sobre eso que también debemos de trabajar. Pero esta página la escribiremos juntos continuando nuestra colaboración.

Gracias por su atención.

Jacques Küng
Secretario General